APROXIMACIONES SOCIOLÓGICAS PARA UNA

SOCIEDAD MUNDIAL



CAMBIO CULTURAL, PROBLEMAS SOCIALES Y SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Chaime Marcuello
J.L. Fandos (comps.)

© Los autores
1.ª edición: 2006
Edita: Simposio Internacional de Sociología
ISBN: 84-96214-73-7
D.L.: Z-1143-2006
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

HILVANANDO PARA TEJER

CHAIME MARCUELLO SERVÓS
JOSÉ LUIS FANDOS MUÑOZ

1. INTRODUCCIÓN

Estas páginas recogen una parte de los trabajos presentados en el Simposio Internacional de Sociología celebrado en Zaragoza durante los días 7-9 de Marzo de 2005. Es una selección de las 68 presentaciones que se pudieron escuchar en las distintas sesiones de debate. La participación rozó las ciento cincuenta personas venidas de los cinco continentes. Por unos días, el viejo Paraninfo de la Universidad de Zaragoza acogió a un grupo variopinto de gentes con rostros, lenguas, edades y culturas muy dispares. Pero todas ellas con un mismo interés: participar de una reunión internacional donde discutir y aportar su grano de arena a la producción sociológica.

Las palabras y los debates se fueron para quedarse sólo en la memoria de quienes asistieron, tanto a los grupos de trabajo como a las sesiones plenarias. Este libro pretende recuperar una parte de aquello que sucedió. Evidentemente, sólo quedan las aportaciones escritas y corregidas por sus autores. Lo vivencial y efímero del acontecimiento, del decir y del discutir, se lo llevó el tiempo. Por eso entendemos, los organizadores del Simposio, que era necesario editar los trabajos. Si no todos, al menos una selección de ellos. Ésta ha sido coordinada por los responsables de cada uno de los grupos de trabajo. Sirvan también estas líneas para agradecer a Antón Elio Mateo, Carlos Gómez Bahillo, Juan D. Gómez Quintero y Carmen Marcuello Servós, su colaboración, esfuerzo y apoyo a lo largo de todo el proceso.

El resultado final es un puzzle, desigual, dispar e incluso, porque no decirlo así, multicolor. Si que hay una línea común que podría servir de excusa para aglutinar esta disparidad: la preocupación por el cambio cultural, problemas sociales y sociedad del conocimiento. Pero más bien predomina un cierto caos amalgamado por la fusión que produce una edición conjunta de los textos. Los cuales, por otra parte, son un reflejo de nuestro cotidianeidad. Vivimos un mundo que se nos muestra múltiple y complejo, aparentemente a la deriva, sin rumbo... donde las cosas *nos pasan*, sin conseguir en la mayoría de las ocasiones que *pasen* como queremos. Desbordados por la fuerza de los hechos y un incremento creciente de la información que se convierte en un mecanismo de infoxicación con efectos paralizantes.

2. LAS PIEZAS DE UN PUZZLE

Visto de esta manera, este libro colabora a incrementar el desorden que produce el aumento del número de conocimientos especializados. ¿Sería más conveniente guardar silencio, dejar en la red los contenidos y no invertir esfuerzos en forma de letra impresa? Quizá. Pero no sería lo mismo. En el mundo académico y en los centros de investigación —de donde proceden los autores de estas piezas de este puzzle— siguen pesando todavía más la letra sobre papel que la que se soporta sólo en los bits de la red. Además, el negro sobre blanco del papel y la tinta producen un efecto ligeramente distinto. Da la impresión que aportan solidez, aun cuando sea un soporte frágil y fácilmente *eliminable*, fungible, consumible.

Tras las dos crisis de la modernidad del siglo XX: una visión crítica de la sociedad del conocimiento y de la información*

ALBERTO J. RIBES LEIVA
Profesor de Sociología de la Universidad de Sevilla

DETALLES BIOGRÁFICOS

Alberto J. Ribes (Madrid, 1976) es Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid; en esa misma universidad obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados (DEA) en Sociología. Es profesor de Sociología en la Universidad de Sevilla. Colaborador Honorífico del Departamento de Teoría Sociológica de la UCM. Sus principales ámbitos de interés son: teoría sociológica, sociología y literatura, sociedad de la información y sociología española.

RESUMEN

En este artículo centramos nuestra atención en el concepto de Sociedad de la Información. Mediante una observación previa de las dos crisis de la modernidad en el siglo veinte, y la idea de Lyotard de la muerte de los metarrelatos, sugerimos que podemos entender, en nuestros días, la Sociedad de la Información como un emergente metarrelato de alcance medio. Después de estas cuestiones, ofrecemos un análisis crítico de algunos elementos centrales de la Sociedad de la Información.

Palabras clave: Sociedad de la información, crisis de la modernidad, cambio social.

ABSTRACT

In this paper we focus our attention in the concept of Information Society. Towards a previous look to the two crisis on modernity of the twentieth century, and the Lyotard's idea of the dead of the metanarratives, we suggest that we can understand, in our days, the Information Society as a middle-range metanarrative that is increasing his importance. After this we offer a critical review of some elements of the Information Society.

Key Words: Information Society, crisis on modernity, social change.

---

* Presenté una primera versión de este artículo como una ponencia en el *International Symposium on Sociology: «Cultural change, social problems and knowledge society: sociology for a global society»*, organizado por la International Sociological Association (ISA), la Asociación Española de Sociocibernética y la Universidad de Zaragoza, que tuvo lugar en Zaragoza en Marzo de 2005. Agradezco las sugerencias críticas que, tanto sobre la primera versión como sobre esta última que aquí presento y tiene entre manos el lector, ha hecho el profesor José Enrique Rodríguez Ibáñez. Por supuesto, los posibles errores deben ser atribuidos exclusivamente al autor. Además, tengo que agradecer la discusión crítica que suscitó mi ponencia original en el marco del Symposium, que me obligó a revisar algunos puntos, y de la que se ha beneficiado esta versión final.

Horkheimer y Adorno (1994), en su célebre y clásica *Dialéctica de la Ilustración*, interpretaban la Ilustración como una ideología. Más recientemente, Alexander y Smith (1996) presentaban la sociedad del riesgo de Beck como un hecho social, no tanto en el sentido descriptivo y empírico que propone su autor, sino más bien en el sentido durkheimiano clásico, como una persuasiva representación de la vida contemporánea. Lo que sostienen Alexander y Smith es que los argumentos de Beck en vez de ser contrastables empíricamente son una traducción de los mitos tecnológicos en una forma científico-social. En este sentido, el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels construyó un discurso mítico del capitalismo y del comunismo, a pesar de que emplee el conocimiento científico racional para describir la realidad, y, según Alexander y Beck, del mismo modo debe ser entendida la sociedad del riesgo de Beck.

Este trabajo está pensado desde una óptica similar. Lo que vamos a presentar a continuación es una interpretación crítica de la sociedad de la información como un metarrelato de «alcance medio». Pero antes de ello, vamos a prestar atención a dos momentos claves del siglo veinte, a las dos crisis de la modernidad que lo caracterizan. Veremos cómo en los años treinta numerosos intelectuales trazaban el diagnóstico del fin de la modernidad. Posteriormente, en los años ochenta y noventa, esta idea vuelve a escena, en lo que hemos dado en llamar la segunda crisis de la modernidad del siglo veinte. Uno de los argumentos que se repiten en ambas crisis es la muerte de los metarrelatos. Es el retrato de un mundo que ha perdido la fe, en el que ya es difícil creer en la razón, en la idea de progreso o en cualquier cosmovisión que interprete el pasado, explique el presente y anticipe o imagine un futuro. La muerte de los metarrelatos lleva aparejada la sensación de que se vive en un presente continuo, en un mundo en crisis, sin rumbo, entre dos épocas; un mundo en el que los individuos pierden la capacidad para hacer la historia y se hallan desorientados. Es un mundo crítico.

Después de examinar las crisis y la muerte de los metarrelatos propondremos que el propio metarrelato que narraba la muerte de los metarrelatos puede estar empezando a dejar de tener validez. Veremos que precisamente tras la segunda crisis de la modernidad en el siglo XX es cuando el metarrelato de la sociedad de la información empieza a ocupar de una manera significativa el espacio público. Defenderemos que en la actualidad se están configurando una serie de metarrelatos, menos universalistas, de rango menor que los modernos. Uno de ellos es, a nuestro juicio, el de la sociedad del conocimiento o de la información. Exploraremos críticamente este metarrelato atendiendo a tres cuestiones: democracia y solidaridad en la sociedad red, el retorno de la idea de progreso y las nuevas clases sociales.

I. LAS DOS CRISIS DE LA MODERNIDAD DEL SIGLO XX

Es posible caracterizar al siglo veinte como un siglo atravesado por dos crisis de la modernidad. En el primer tercio del siglo, especialmente desde el estallido de la Primera Guerra Mundial aunque el apogeo editorial no se alcanzaría hasta los años treinta, numerosos intelectuales reflexionaron y nos dejaron sus testimonios sobre lo que hoy se puede caracterizar como la primera crisis de la modernidad en el siglo XX. Veamos la escena, muy brevemente, señalando algunos de los argumentos fundamentales de esta crisis.

1. Para algunos sociólogos e intelectuales que escriben en los años treinta, la modernidad ha llegado a su fin. Ante el estallido de la Primera Guerra Mundial, la revolución soviética, el auge de los fascismos, el crack del 29 y la Guerra Civil española, surge una literatura de la crisis que explica todos estos cambios como pertenecientes a otra época, más allá de la modernidad. El momento histórico que viene a continuación de la modernidad es la «época crítica», en palabras de Mannheim. El esquema histórico-social que ofrece Mannheim está compuesto por tres etapas. La primera es la Edad Media, que se caracteriza por la confusión de las esferas políticas, sociales y culturales. Después viene la época liberal, en la que se da una diferenciación de estas esferas, separándolas en rígidos compartimentos. El tercer momento es la época crítica en la que se vuelve a dar una confusión total en las esferas políticas, sociales y culturales (Cfr. Mannheim, 1936, 142-155). Mannheim (1936, 19) hablaba de un nuevo momento histórico, pero como él mismo advierte cauteloso, los grandes cambios sociales no son totales, sino que se caracterizan por la convivencia y las tensiones entre procesos antiguos y procesos nuevos. Lo que encontramos en el presente, señala Mannheim, es una nueva situación, un nuevo momento histórico que se caracteriza por ser crítico y que tiene un rango igual al de la Edad Media y la época liberal o, lo que es lo mismo, la Edad Moderna.

Para Alfred Weber la modernidad había finalizado ya en las últimas décadas del siglo XIX, y a consecuencia de esto la civilización occidental estaba atravesando un «viraje», un cambio de rumbo definitivo, que se había agudizado tras la Primera Guerra Mundial. Weber señala que tras la Gran Guerra lo único que queda es un mundo en ruinas; un mundo sometido a violentos cambios en el ámbito político y que se encuentra inmerso en el vacío espiritual que ha dejado tras de sí la crisis moral. Lo que queda, afirma Weber, es una incertidumbre radical: «puede decirse tranquilamente —dice Weber en 1924— que hoy lo problemático representa lo único completamente seguro en Europa» (A. Weber, 1932, 118).

Según Ortega la crisis que se vive en el primer tercio de siglo es tal precisamente porque se trata de un período nebuloso que separa la Edad Moderna de un nuevo período aún por conocer: «la tierra de la Edad Moderna que comienza bajo los pies de Galileo termina bajo nuestros pies – dice Ortega» (Ortega, 1959, 3). Utilizando su particular concepto de generación, Ortega lleva a cabo una análisis de la historia poniendo el acento en los períodos críticos de transición entre grandes épocas. Así, el comienzo de la época moderna, que Ortega sitúa al rededor de 1600 y que se caracteriza por la primacía de la razón físico-matemática y la razón de Estado, se ve precedido por una crisis que dura dos siglos. Por tanto, se pregunta Ortega: «¿No es obvio sospechar que la crisis actual procede de que la nueva 'postura' adoptada en 1600 —la postura 'moderna'— ha agotado todas sus posibilidades, ha llegado a sus postreros confines y, por lo mismo, ha descubierto su propia limitación, sus contradicciones, su insuficiencia?» (Ortega, 1959, 71). Para Ortega lo que singulariza a los años treinta es «la sensación de hallarse en la divisoria de dos formas de vida, de dos mundos, de dos épocas» (Ortega, 1959, 131).

2. La primera crisis de la modernidad es una crisis moral. El mundo crítico o en ruinas dibujado por estos autores es en el fondo un mundo sin moral, un mundo que se ha quedado sin creencias, sin fe, como dirá Alfred Weber. La crisis moral de este momento histórico viene acompañada indisolublemente de la crisis de la racionalidad, de la razón científico-matemática y de la idea de progreso. «Parece —dice Alfred Weber— como si fuese extendiéndose sobre toda la tierra una disolución ideológica, que todo lo pone en cuestión» (Weber, 1985, 334). Según apunta Mannheim, en el mundo en crisis se había quebrantado la fe en la permanencia del carácter nacional, así como la fe en el progreso de la razón en la historia (Mannheim, 1936, 33). Los cambios acontecidos en este mundo crítico tienen consecuencias para los individuos que se ven abrumados ante el nuevo mundo de esta época crítica, y, por tanto, se sienten inseguros. Así, dirá Mannheim (1936, 186): «su conmoción consiste en que se encuentra obligado a transformar los 'principios' de su horizonte de expectativas en un tiempo muy rápido. Si no lo logra, se desesperará y sólo podrá decir, con frase de Hebbel: 'ya no entiendo el mundo'».

Ortega, por su parte, se esfuerza en desarrollar la «razón vital» y la «razón histórica» en contraste con la ya inadecuada (en un mundo en crisis, en un mundo ya no moderno) razón

científico-natural (que había sustituido a la fe revelada). Para Ortega, la crisis, que se manifiesta en la inautenticidad de la cultura, la desesperación del hombre y la posibilidad del extremismo, tiene como consecuencias la barbarización de las sociedades (tal y como pasó tras la caída del Imperio romano). De ahí que el hombre contemporáneo sea visto por Ortega como un hombre-masa, que no es auténtico, que hace las cosas porque se hacen, que no tiene aspiraciones (es un «señorito satisfecho») y se encuentra desorientado. Todo esto en contraposición con las «minorías selectas», concepto que remite a una aspiración ética, a una autoexigencia elevada y que se fundamenta en el, por decirlo así, «individualismo metodológico» de Ortega, según el cual el hombre hace la historia a través del ensimismamiento. El hombre, inmerso en su circunstancia, en su entorno socio-histórico, se aparta de la realidad mediante la reflexión y después actúa sobre el mundo y lo modifica. Por eso el hombre-masa es una anomalía, un ser inauténtico, una consecuencia de la crisis de la modernidad.[1]

3. La crisis de la modernidad sucede en un mundo cerrado, concluso, en el que ya no es posible la expansión ni la conquista.[2] En este contexto el Estado-nación ha entrado en crisis y el mundo tiende a su unificación, a la globalización, por decirlo con palabras actuales. La Europa moderna, según Alfred Weber, que había tenido vigencia entre 1500 y 1680, y que había fundamentado su desarrollo en una competencia entre Estados dentro de la unidad de una «Supereuropa», se había desmoronado ya antes de la Gran Guerra. Pero, apunta Weber, se hubieran podido superar los problemas que este cambio histórico podría traer consigo, si no se hubiera visto acompañado con una crisis espiritual solamente comparable con la que ocurrió, precisamente, en el nacimiento de la modernidad en los siglos XVI y XVII (A. Weber, 1932, 111-112). El mundo globalizado que Weber encontraba ya plenamente desarrollado en el primer tercio de siglo, contenía una contradicción básica de fondo que era el auge de pequeños nacionalismos que multiplicaban los riesgos de confrontación entre naciones. La nueva y emergente sociedad de masas había irrumpido, había desplazado a un lugar secundario al intelectual (que había sufrido una proletarización) y ponía en peligro la supervivencia de algunos valores vigentes hasta entonces en las sociedades occidentales, mediante los nuevos regímenes totalitarios de masa. Para Mannheim el problema fundamental estaba en el desajuste histórico-social: la técnica y la moral se desarrollaban a velocidades diferentes, lo cual conduciría irremediablemente al hundimiento de la civilización occidental, si no se intentaba alcanzar el mismo grado de racionalidad y moralidad en el campo de la dominación de la sociedad que se había logrado en el territorio de la técnica. La propuesta de Mannheim para hacer frente a estos problemas es la de caminar hacia una sociedad planificada (cfr., por ejemplo, Manheimm, 1982).

A partir de los años sesenta y especialmente en los años ochenta y noventa se generaliza, de nuevo, la sensación de estar viviendo un momento crítico. Se trata de la segunda crisis de la modernidad del siglo XX, que recoge (consciente o inconscientemente) algunos de los argumentos que hemos visto en la primera crisis de la modernidad del siglo veinte pero mucho más radicalizados. Esta radicalización de los argumentos se corresponde con una radicalización de los procesos y las tendencias señaladas. Este «nuevo malestar en la cultura»

1 Ortega no lleva tan lejos su análisis. Sí lo hará Francisco Ayala (1988), cuya participación en el debate de la sociedad masa es un esfuerzo por contextualizar al hombre y la sociedad masa en el presente contemporáneo, escapando así a cualquier tentación ahistórica y convirtiendo unos conceptos susceptibles de dejarse llevar por el esencialismo en meros conceptos sociológicos interpretativos y descriptivos. Sobre este punto, véase, Ribes (2004).

2 Precisamente ésta será una de las ideas fundamentales sobre la que abundarán tempranamente y con gran rigor y alcance dos sociólogos españoles exiliados, José Medina Echavarría (1943) y Francisco Ayala (1959 [1947]).

(Rodríguez Ibáñez, 1999), se puede resumir en cuatro puntos fundamentales. Veamos esta segunda escena.

1. De nuevo la modernidad ha llegado a su fin. El debate teórico más importante desde los años ochenta ha sido el que surge entorno al fin de la modernidad, el debate modernidad/posmodernidad (Cfr. Picó, 2002, 13). Así como la primera crisis de la modernidad del siglo veinte había puesto de manifiesto que la modernidad se había quebrado y que había dado lugar a una época crítica que sería una especie de transición hacia una nueva época histórica más allá de la modernidad, ahora sucede algo parecido. Tras dos o tres décadas de optimismo y confianza en la razón, la ciencia y la modernidad. Lyotard (1999) o Jameson (1996), entre muchos otros, venían a anunciar un nuevo momento histórico, la posmodernidad, mientras que Beck, Giddens y Lash (1997) preferían caracterizar al presente como una radicalización de la modernidad, una complejización de la modernidad, un periodo de «modernidad reflexiva». En todos los casos, la sensación de estar viviendo el final de un periodo y/o el principio de otro queda patente; se tiene la sensación de vivir un «cambio de época» (Wellmer, 2002, 103). Tal y como escribió Vattimo en 1990: «hablamos de posmoderno porque consideramos que, en algún aspecto suyo esencial, la modernidad ha concluido» (Vattimo, 1990, 9).

2. El presente más inmediato en esta segunda crisis de la modernidad se caracteriza por el riesgo y la incertidumbre. Beck, en *La sociedad del riesgo*, pinta un mundo contemporáneo cuya característica fundamental es el riesgo (veánse, también, Giddens, Beck y Lash, 1997; Bauman, 2000). Las diferencias fundamentales de los riesgos actuales con respecto a los riesgos de la Edad Moderna se pueden resumir en dos: la globalidad de sus amenazas y las causas modernas (Beck, 1998, 203). La sociedad de clases, decía Beck, ha ido perdiendo importancia a lo largo del siglo veinte, tanto es así que en los años ochenta, la sociedad de clases ha dejado su lugar a la sociedad del riesgo. Su diagnóstico de la sociedad del riesgo guarda una estrecha relación con los argumentos de los teóricos de la primera crisis de la modernidad. Así, el «teorema de la individualización» o la atomización de la sociedad (que viene a ser una nueva versión de la sociedad de masas desestructurada), la pérdida de seguridades tradicionales (dimensión del desencanto) y la disolución de las precedentes formaciones históricas. En el mismo sentido, Bauman (2000), hace hincapié en la percepción del riesgo y la búsqueda de la seguridad (con el ejemplo protolípico de la ciudad surafricana Heritage Park) como consecuencias de la desaparición de la «comunidad». La individualización contemporánea deja tras de sí inseguridad, incertidumbre y desprotección.

3. La segunda crisis de la modernidad se caracteriza por la utilización de la razón contra sí misma. La modernidad, el proyecto ilustrado, la razón y la ciencia son vistas como elementos que generan riesgos y efectos secundarios (Beck, 1998), o incluso llevan en su propia esencia la necesidad de producir horrores como las dos guerras mundiales o el holocausto (Bauman, 1997). La ciencia, según Beck, se ha humanizado, o lo que es lo mismo ha pasado de ocupar el primer plano en el desencantamiento del mundo a ser desencantada ella misma. No se pueden soslayar por más tiempo, según Beck, además de los problemas epistemológicos que presenta el concepto de verdad, los efectos secundarios y las consecuencias no previstas de la ciencia.

La crisis de la razón en este nuevo malestar en la cultura también es perceptible mediante lo que Lash ha llamado la «problematización de lo real». En el posmodernismo, lo que percibimos son fundamentalmente imágenes. Nuestra percepción se dirige casi con tanta frecuencia a las representaciones como a la «realidad». Estamos, por tanto, acostumbrados a asistir como público de formas culturales que experimentan con la naturaleza problemática de la realidad y la relación de la realidad con la representación (Cfr. Lash, 1997).

La nueva sociedad del espectáculo (Debord, 2003) es la sociedad de los simulacros, de los medios de comunicación de masas, de la hiperrealidad en la que los mapas han sustituido a lo representado, es el crimen perfecto de la realidad, la desaparición de lo real (Cfr. Baudrillard, 1997).

4. En la segunda crisis de la modernidad algunos observadores identifican un proceso de «desdiferenciación» en todos los niveles (Cfr. Lash, 1997). Hasta donde nos interesa, la desdiferenciación posmoderna se puede resumir en la reagrupación de las disciplinas y géneros modernos. Al existir problemas con la razón científico-técnica, al problematizarse la realidad, se buscan nuevas formas de conocimiento que sobrepasan los estrechos límites de la diferenciación disciplinar moderna. De igual modo, la categorización y la taxonomización de la realidad se vuelve una quimera; la Gran Teoría algo imposible y ya no es posible seguir hablando de la historia como una entidad unitaria (Vattimo, 1990). La nueva estrategia para conocer se basa en los fragmentos, la ambivalencia, lo complejo, las paradojas.

2. LA MUERTE DE LOS METARRELATOS

Si en el contexto de la primera crisis de la modernidad del siglo veinte se hablaba de un mundo que se había quedado sin creencias, sin fe, en el que lo único seguro es la incertidumbre (A. Weber), un mundo sacudido por una «crisis estimativa» (Mannheim) o un mundo que se ha quedado sin moral (Ortega) en el que los individuos se encuentran desorientados y no tienen referencias a las que aferrarse, en la segunda crisis de la modernidad aparecerá la idea del fin de las ideologías, de la desaparición de las grandes cosmovisiones, de la muerte de los metarrelatos. En 1979 Lyotard publica *La condición posmoderna*. Lyotard plantea que en el presente ya nadie cree en los metarrelatos: «el gran relato —dice Lyotard— ha perdido credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación» (Lyotard, 1999, 73). Según Lyotard ya no se cree en las grandes ideas o explicaciones del mundo. Los dos grandes relatos de la modernidad, las dos grandes narrativas de la modernidad, se habían quebrado. Tanto la derivada de la Revolución francesa que «contaba el cuento de la humanidad como agente heroico de su propia liberación mediante el avance del conocimiento», como la «que descendía del idealismo alemán, un cuento del espíritu como despliegue de la verdad» (Anderson, 2000, 39). De nuevo entra en crisis la idea de progreso, las grandes referencias metanarrativas e incluso «el saber científico es [considerado] una clase de discurso» (Lyotard, 1999, 14): las relaciones entre saber y poder determinan quién conoce y para qué conoce; las relaciones sociales así como el saber científico se basan en juegos de lenguaje; se ha abandonado el paradigma escindido (funcionalismo y marxismo) de las ciencias sociales; ha triunfado la «performatividad» sobre la búsqueda y logro de la verdad; y no hay posibilidad para el consenso habermesiano, sustituido por el reconocimiento del «heteromorfismo en los juegos de lenguaje» (Lyotard, 1999, 118).

Según Lyotard la temporalidad ha invadido todos los órdenes de las sociedades contemporáneas, el contrato temporal ha sustituido a las instituciones permanentes en los distintos ámbitos de lo social, tales como el afectivo, el sexual, el cultural, el familiar, los asuntos internacionales y los políticos. La muerte de los metarrelatos es, de alguna manera, una continuación de esta temporalidad que traspasa todos los ámbitos. Los metarrelatos son equivalentes a instituciones más o menos estables y fijas y capaces de orientar a los individuos. La temporalidad de lo social es, en este sentido, la muerte de los grandes relatos. En este contexto, el individuo, tal y como escribió Juan Goytisolo en *Paisajes después de la batalla*, caminaba por un mundo de ruinas ideológicas (Goytisolo, 1998).

3. MÁS ALLÁ DE LA MUERTE DE LOS METARRELATOS

Más allá de la muerte de los metarrelatos, más allá de la segunda crisis de la modernidad del siglo veinte, más allá del siglo veinte, más allá, en fin, de Lyotard está la muerte del metarrelato que narraba la muerte de los metarrelatos. Si bien el diagnóstico de Lyotard pudo ser acertado para describir un momento determinado (desde finales de los años setenta hasta principios del siglo veintiuno), hoy en día se muestran ya algunos rasgos distintivos que podrían singularizar el presente de una manera más precisa.

Jameson (1996) planteó, ante el estallido de los grandes metarrelatos y la fragmentación y la multiplicación de los códigos, la necesidad de trazar cartografías cognitivas para poder analizar el momento posmoderno, algo que es, a fin de cuentas, lo que de una u otra manera ha tratado de hacer la sociología desde sus inicios. Se trata de interpretar la realidad social. En el proyecto de Jameson está incluido identificar los distintos códigos que operan simultáneamente y después pasar a «transcodificarlos». Es decir, prestar atención a los códigos, que se pueden entender como metarrelatos de «alcance medio», y explorar las posibilidades conceptuales que tiene cada uno en un ejercicio comparativo. Lo que a nosotros nos interesa es identificar y examinar críticamente uno de estos códigos: la sociedad del conocimiento o de la información.

Uno de los rasgos que puede caracterizar el presente es la aparición (y, en algunos casos, reaparición) de metarrelatos que ahora aparecen en un formato que se explica bien con la expresión «de alcance medio». Parafraseando a Merton, y siguiendo a Jameson (1996), podría decirse que existen en la actualidad varios metarrelatos «de alcance medio» conviviendo; metarrelatos, sin embargo, cuya universalidad es notablemente menor. Son más reducidos en cuanto a su alcance y su capacidad explicativa. Son compartidos por un número menor de personas. Y, sin embargo, los más potentes, los mejor armados, pugnan por convertirse en un metarrelato con capacidades y alcance similares a los que Lyotard quiso ver muertos. Podemos interpretar, a modo de hipótesis, que la sociedad del conocimiento o sociedad de la información constituye en la actualidad un metarrelato de «alcance medio».

Scott Lash (2002) ha argumentado que el orden global informacional imposibilita la aparición de metarrelatos. Desde su punto de vista, los metarrelatos, tales como el Cristianismo o la Ilustración, se caracterizaban por ser sistemas de creencias que se extendían en el tiempo y en el espacio y que reclamaban universalidad. Los metarrelatos incorporaban reflexión y precisaban que se reflexionara sobre ellos. Sin embargo, siempre según Lash, en el actual momento de «conocimiento informacional» la información no reclama universalidad sino que está contenida en la inmediatez de lo particular. La información se presenta comprimida en el tiempo y en el espacio. La información comprime los metarrelatos en un único punto, en una señal, en un mero suceso en el tiempo. La elevada velocidad y la condición efímera de la información impide la reflexión. Lash, en realidad, lo que está haciendo es describir magistralmente algunos de los elementos claves de las nuevas condiciones de posibilidad de los metarrelatos de «alcance medio», además de contener en su definición algunos de los elementos claves que han sido observados como esenciales dentro del metarrelato de la sociedad de la información.

Lo que está en juego en estos nuevos metarrelatos de «alcance medio» es un intento de encontrar una salida a la segunda crisis de la modernidad. Así, la sociedad del conocimiento es un esfuerzo de cierre de dicha crisis que apunta hacia el futuro y recoge algunos de los argumentos desterrados de los discursos sobre la crisis de la modernidad (como el retorno de la idea de progreso), aunque no deja, en ocasiones, de nutrirse, un poco contradictoriamente, de algunas ideas de los teóricos de la posmodernidad.

4. ELEMENTOS PARA UNA CRÍTICA DEL METARRELATO DE «ALCANCE MEDIO» DE LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO O DE LA INFORMACIÓN

Se ha señalado últimamente con insistente frecuencia que el momento actual puede describirse mediante la etiqueta de «sociedad del conocimiento o de la información».[3] La primera crítica, normalmente (aunque no siempre) presentada como autocrítica por parte de los promotores de este metarrelato, ante tal afirmación ha sido recordar que la información y el conocimiento han sido centrales, al menos, a lo largo de toda la modernidad, si no desde antes (Burke, 2002). Para evitar este tipo de crítica Castells (2001, 51), en *La era de la información*, propuso el concepto de «sociedad informacional» (y el de «capitalismo informacional») que sería el equivalente a la «sociedad industrial», y que tiene en cuenta la existencia de información y conocimiento en épocas previas, así como la «sociedad industrial» se distingue de otras épocas pero no niega la existencia de industrias en momentos anteriores.[4] Lo que se discute es, en palabras de Castells (2001, 51), si «la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de productividad y poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este período».

Evidentemente, ni el más ingenuo de los defensores de este metarrelato podría defender la novedad, ni de los argumentos teóricos ni de la importancia del conocimiento, la ciencia o la información. No sin antes olvidar a Comte, por ejemplo. O más recientemente a Daniel Bell.[5] Según Lamo de Espinosa (1999) la actual sociedad del conocimiento implica que la ciencia se ha convertido en el motor del cambio social y la industria del conocimiento en la industria central. Desde este metarrelato, se ve con claridad que «el sueño del positivismo (de Bacon a Saint-Simon y Comte) se ha cumplido con dos siglos de retraso. (...) Si la ciencia era la forma de la cultura avanzada europea del XVIII y del XIX hoy la cultura dominante es la científica» (Lamo, 1999, 152). Pero no nos interesa la historia de este metarrelato, sino algunas de sus manifestaciones más recientes y las consecuencias que trae consigo. Veamos esta nueva escena en tres puntos.

4.1. Democracia y solidaridad en la sociedad red. Sobre optimismo y la celebración de la muerte del Estado de Bienestar

Según ha señalado Mattelart (2002, 11), desde el metarrelato de la sociedad del conocimiento o de la información «se nos anuncia una nueva sociedad necesariamente más solidaria, más abierta y más democrática». El origen de estas tendencias democratizadoras y solidarizantes estaría en la génesis de la nueva sociedad red, ya que la revolución tecnológica actual, en palabras de Castells (2001, 36), «difundió en la cultura material de nuestras socie-

3 Así por ejemplo, afirma Burke (2002, 11): «No tendría nada de extraño que los historiadores futuros se refieran al periodo en torno al año 2000 como a la «edad de la información». Según Mattelart (2002, 11): «A la saga tecnológica de la conquista del espacio le ha sucedido otro gran relato: la conquista de la ciberfrontera. La primera trajo consigo el tópico de la 'aldea global'. La segunda ya ha acuñado la denominación 'sociedad global de la información'». Cfr., también, y por ejemplo, Negroponte (2000), Dennis (1996), Castells (2001), Lash (2002), Lamo de Espinosa (1995 y 1999), González de la Fe (2002).

4 Véase la discusión acerca de los conceptos de «sociedad informacional», «capitalismo informacional» y «estatismo», entre Castells (1999) y Rodríguez Ibáñez (1999b).

5 No obstante, Mattelart (2002, 163), se lamenta de la amnesia de algunos teóricos de la sociedad de la información: «la dictadura del tiempo corto hace que se atribuya una patente de novedad, y por tanto de cambio revolucionario, a lo que en realidad testimonia de evoluciones estructurales y procesos en curso desde mucho tiempo atrás».

dades el espíritu libertario que floreció en los movimientos de la década de los sesenta». Así, las actuales tecnologías estarían impregnadas de un espíritu liberal-anarquizante muy en consonancia con algunas teorías del retorno de la sociedad civil. Como veremos, esta filiación no es casual, pues de entre todos los movimientos sociales y políticos que sucedieron en la década de los sesenta se eligen aquellos que entran más en consonancia con la economía de mercado y la regulación espontánea.

En el mismo sentido es destacable el exagerado canto a las bondades de las nuevas tecnologías y sus repercusiones beatíficas para la sociedad global que hace Javier Echeverría (1994 y 1997).[6] Según Echeverría la construcción de infraestructuras de la información trae como consecuencia el desarrollo del Tercer Entorno. Este Tercer Entorno se diferencia de los dos primeros (Naturaleza y Ciudad) que compendian el desarrollo de la humanidad en tres fases. El Tercer Entorno convive con los otros dos, pero poco a poco los desplaza y los relega a un lugar más secundario. Lo característico de este nuevo entorno es la «transformación del espacio y del tiempo», así como la «interacción a distancia» (Echeverría, 1997, 8).[7] Finalmente, el Tercer Entorno significa, posibilita y apunta hacia la emergencia de una ciudad global y a distancia, «Telépolis». En Telépolis desaparecen las fronteras, sustituidas por una red de nodos interconectados gracias a las telecomunicaciones. La sociedad civil toma las riendas de la acción mediante estas redes y, según afirma Echeverría, Internet es una especie de preámbulo para el pleno desarrollo de esta sociedad civil global telemática. Cegado, sin duda, por un inexplicable optimismo, Echeverría (1997: 10) sostiene sin titubear que «ser ciudadano de Telépolis no depende del nacimiento ni del lugar de residencia, a diferencia de las ciudades y Estados clásicos».

Esta ubicuidad virtual del acceso a la realidad virtual de la que nos habla Echeverría o de la que hablaba también Negroponte (2000)[8] existe, sin embargo, solamente en algunos de los textos de estos nuevos profetas. Los datos, a este respecto, son bastante significativos. Por ejemplo, se podría traer aquí que «en el África Subsahariana, hay menos de una línea de teléfono fija, y poco más de un móvil, cada 100 habitantes» y, siguiendo con el África subsahariana sabemos que sólo emplean las llamadas cibertecnologías alrededor del 40% de las empresas, menos del 5% de los funcionarios del gobierno y menos del 1% de los ciudadanos (Ngwainmbi, 2000). En el mismo sentido sabemos que «en el Sur de Asia, hay menos de una línea fija cada 25 habitantes, menos de un móvil cada 100 y un 42% de los pueblos sin servicio telefónico» (Cáceres, 2005b),[9] y, aún, que «hay más usuarios de internet en la ciudad de Nueva York que en todo el continente africano» (Bañestero, 2002, 76).

6 Para una crítica a *Los señores del aire* de Javier Echeverría, véase Rodríguez Ibáñez (2002, 362-365). La crítica de Rodríguez Ibáñez se centra en el único aspecto negativo que observa Echeverría en este nuevo orden global telemático, es decir, en el control por parte de multinacionales de los medios telemáticos, los llamados por Echeverría «señores del aire».

7 Transformación del espacio y del tiempo, así como interacción a distancia son también claves fundamentales de los argumentos de Castells (2001). Sobre el tiempo y el espacio actual y para una crítica a la propuesta de Castells, véase Ramos (1999) y la réplica del propio Castells (1999). También Lash (2002) habla de formas de vida «a distancia».

8 En 1995 Negroponte hacía la siguiente estimación, sin contar con las diferentes características, recursos y posibilidades de los distintos países del mundo: «Los usuarios de Internet están aumentando un 10% al mes. Y si siguieran a este ritmo, lo cual es imposible, el total de usuarios de Internet excedería la población mundial hacia el año 2003» (Negroponte, 2000, 22). Más adelante señala Negroponte (2000, 244) que, «la era de la postinformación superará las restricciones que impone la ubicación geográfica. La vida digital traerá consigo una dependencia cada vez menor con respecto a estar en un lugar específico».

9 En este mismo sentido, se puede añadir que «si bien las regiones de África Subsahariana y Sur de Asia concentran más del 30% de la población mundial, sólo uno de cada 1.000 *hosts* en el mundo se ubica en estas regiones, que albergan a poco más del 3% de los usuarios de Internet» (Cáceres, 2005b).

Pese a los datos, el primer principio fundamental de la propuesta de Echeverría se basa en la voluntariedad y libertad para acceder o no a Telépolis. En todo caso, quieran o no ejercitarlo, los «teleciudadanos» (por utilizar su terminología) tienen derecho a acceder a Telépolis e incluso a tener una «Telecasa».[10] Según Echeverría los Estados deben promover el desarrollo de Telépolis; aunque si Telépolis llegase a existir algún día implicaría la desaparición de los Estados. Le pide Echeverría a los Estados que se suiciden. Y, paradójicamente, la necesaria «urbanización» con vistas a Telépolis (que implica la construcción de torres de comunicaciones o la «alfanumerización»[11] de los ciudadanos, por ejemplo) debe ser llevada a cabo por las ciudades y los países, y no, por tanto, por la nueva sociedad civil global que parecía destinada a logros mayores que el uso y disfrute de estas nuevas telecomunicaciones.

En el mismo sentido que Echeverría, señala Negroponte (2000) que Internet alterará la estructura social global, erosionando los Estados-nación, y creando, sin embargo, una renacida comunidad, que ahora sería global y digital.[12] Incluso las nuevas tecnologías aparecen, de una manera un poco mágica, como instrumentos que pueden facilitar la pacificación y la estabilización de Oriente Próximo siempre que se empleen de manera cooperativa (Rathmell, 2000).

Lo interesante aquí es destacar, además de otras virtudes y excelencias, la sociedad de la información nos devuelve el mito o argumento de la comunidad perdida, tan presente en la tradición sociológica, que aparece transformado, reconstituido y revigorizado gracias a las nuevas tecnologías. Otros puntos de vista, como el de Wellman y otros (1996), nos dibujan las nuevas redes sociales como al tiempo más globales y más locales desde el momento en el que la conexión a Internet y los asuntos domésticos se interrelacionan. Son, a la vez, relaciones que permiten la creación de nuevas comunidades, al mismo tiempo que convierten al individuo individualizado (y desgajado de las comunidades previas) en un sujeto dentro de infinidad de posibles e inciertas comunidades virtuales. La conectividad global, según estos autores, resta énfasis a la importancia del lugar de trabajo y de la comunidad, las relaciones on-line pueden resultar más estimulantes que los vecindarios suburbanos y las oficinas alienantes. Más que antes, en la autopista de la información cada persona es el centro de una comunidad personal y de un grupo de trabajo. Hay, pues, una doble dimensión comunitaria e individualizadora en estos nuevos procesos sociales.

El metarrelato de la sociedad de la información propone, a veces de manera consciente y decidida, a veces entre líneas y sin reparar en sus consecuencias, sustituir las políticas públicas y el Estado (o, al menos, minimizarlo) por la espontaneidad liberal-enarquizante (o simplemente liberal) de los individuos inmersos en redes que supuestamente dan libertad, así como en un mundo telemático y capitalista. Tal y como ha señalado Alonso (2002, 477), «el capitalismo inmaterial basado en la desintegración del trabajo, el triunfo ideológico de las nuevas élites financieras y de sus servidores —los asesores, ejecutivos y pseudoeconomistas vinculados a la llamada ingeniería financiera, la sociedad de los servicios, los medios de comunicación y la innovación tecnológica, etc.— ha presentado como su mayor enemigo al Estado social, principalmente por ser un elemento fuertemente antifuncional en sus estrategias de severo disciplinamiento de los agentes sociales».[13] El Estado es visto con recelo, y, de hecho, dificulta con sus antiguas estructuras el desarrollo de la sociedad red. Según Castells (2001, 553 y ss.), el paro en Europa no está motivado por las nuevas tecnologías, sino que es culpa de los Estados que no han sabido adaptarse a las nuevas circunstancias de la «nueva economía» en red, tecnológica e informacional, que exige flexibilidad y desregulación.[14] El Estado debe dejar paso a la organización en red y permitir que los flujos (económicos e informacionales) circulen con total libertad. De hecho, tal y como se ha señalado, «el ciberespacio se nos presenta rodeado con el aura del último espacio aún no regulado políticamente» (Kleinsteuber, 2002, 56). Según Lash (2002, 26 y ss.) que el principio nacional sea desplazado por el global, la lógica de la manufactura sea desplazada por la lógica de la información y la lógica de lo social sea desplazada por lo cultural, implica una erosión de la «sociedad nacional» que es sustituida por la lógica de los flujos. La desintegración de lo social implicaría el declive de las instituciones sociales y la desestructuración de las estructuras sociales. Lo que resulta de este proceso es menos Estado, menos instituciones, poco espacio para las políticas públicas, y, en cambio, un auge de organizaciones informales menos permanentes pero más intensas. O como dice Lash (2002, 19), el Estado de Bienestar clásico trataba de mejorar las condiciones de vida en el presente, mientras que la ingeniería genética es el paradigma de bienestar que se anuncia en el futuro de la sociedad del conocimiento o de la información.

10 Una «Telecasa» viene a ser un kit de productos tecnológicos: Teléfono, TV, tarjeta de teledinero, ordenador con email o página web.

11 No tiene desperdicio el «Decálogo de acciones básicas de alfabetización para ser un ciudadano on-line», que aparece en el «Manual del ciudadano on-line» dentro del *Informe de Telefónica La Sociedad de la Información en España, 2004*: 1/ Establecer una comunicación electrónica. 2/ Buscar información en Internet. 3/ Visitar una página web. 4/ Descargar un programa. 5/ Establecer un debate mediante los chats. 6/ Comprar un billete de autobus o un libro mediante a través de la Red. 7/ Utilizar Internet como un nuevo canal. 8/ Realizar un pago electrónico mediante el móvil. 9/ Tener una identificación electrónica. 10/ «Realizar algún trámite con la Administración. Y así dar el primer paso para convertirnos en e-ciudadanos».

12 Según Negroponte (2000, 269), «el valor real de una red tiene menos que ver con la información que con la comunidad. La autopista de la información es más que un extracto de cada libro de la Biblioteca del Congreso. Se trata de crear una estructura social global, totalmente nueva».

4.2. El principio de la historia: retorna la idea de progreso. Desarrollo y Subdesarrollo

En las dos crisis de la modernidad del siglo veinte el progreso aparecía como una vieja idea en trance de abandono o simplemente del pasado. La muerte de los metarrelatos, el descrédito de las proyecciones al futuro, las consecuencias no previstas de las acciones y la sustitución de las instituciones a largo plazo por la temporalidad, imposibilitaba cualquier idea de progreso. Era el presente más inmediato lo único visible. En cambio, el metarrelato de la sociedad de la información vuelve a pensar en el futuro. Por tanto, una de las características de la sociedad del conocimiento, según señala Lamo de Espinosa, es que «el actor social, ya sea corporativo o individual, aparece proyectado desde el presente hacia el futuro más que proyectado desde el pasado hacia el presente. Vive en la espera constante de lo que ha de llegar» (Lamo, 1999, 154).

La nueva era de la información no es, por supuesto, el fin de la historia, sino que es, en palabras de Castells (2001, 558), el auténtico comienzo de la historia, porque «tras milenios de batalla prehistórica con la naturaleza, primero para sobrevivir, luego para conquistarla, nuestra especie ha alcanzado el grado de conocimiento y organización social que nos permi-

13 Según el propio Luis Enrique Alonso (2002, 483), «el conocimiento y la sociedad del conocimiento han sido, efectivamente, el puente que ha conectado el discurso managerial entre el fordismo y el postfordismo, o, si se quiere, entre el keynesianismo regulador asociado a la gran corporación nacional e internacional y la economía-red globalizada, desmaterializada y neoliberal».

14 Según señala Castells (1999, 390) «el capitalismo informacional crea más y mejores puestos de trabajo, en particular en la economía tecnológicamente más avanzada, Estados Unidos». Un poco más adelante, añade, «Y España crea empleo, sobre todo, en las áreas tecnológicamente más desarrolladas, como Cataluña y Madrid. Son las regiones menos desarrolladas tecnológica y empresarialmente las que concentran paro» (Castells, 1999, 391).

tirá vivir en un mundo predominantemente social». La historia empieza, pues, y la anticipación del futuro se convierte en un género ensayístico en auge plagado de informática, ciberespacios y cyborgs, que, en ocasiones, tiene la pretensión de explicar también el presente. El futuro que nos anuncian es exclusivamente social (en el sentido de Castells), tecnológico, digital, capitalista y, según nos cuentan, más democrático y solidario. No obstante, Allen y Miller (2000) han mostrado cómo cada vez que surge un nuevo medio de comunicación tecnológico aparecen discursos sobre sus supuestas capacidades democratizadoras. Sucedió con la radio, con la televisión por cable, y ahora con Internet. Sin embargo, estas expectativas optimistas hasta ahora se han visto frustradas una y otra vez; la historia demuestra que los nuevos medios de comunicación tienden a ser dominados rápidamente por intereses comerciales o estatales. En el mismo sentido ha señalado Rodríguez Ibáñez (2002, 365) que igual que en el siglo XIX se celebró la telegrafía transoceánica como una panacea para la paz perpetua podríamos estar volviendo a caer en las mismas utópicas ilusiones.

Ni siquiera es seguro que los ciudadanos estén interesados en emplear las nuevas tecnologías para involucrarse de una manera más activa en la política. De hecho, según el barómetro de Enero de 2004 del CIS, ante una lista de servicios disponibles a través de la red o mediante un teléfono móvil, el 79'4% de los encuestados respondió que no estaría interesado en emplear estas tecnologías para entrar en contacto con algún político o participar en debates políticos (CIS, 2004, 3).

El retorno de la idea de progreso dentro del metarrelato de la sociedad de la información implica la creencia en algunos de los mitos fundamentales de la sociedad tecnológica, tales como, según se ha señalado, una creencia en la abundancia («abundancia de información, abundancia de canales y soluciones, abundancia de gratificaciones, abundancia en el tiempo y en el espacio»; Díaz Nosty, 1996, 48), un incremento de la transparencia, la posibilidad de la ubicuidad y la instantaneidad como manera de vencer al tiempo (Cfr. Díaz Nosty, 1996, 47-55). Según señalaba con su autodeclarado optimismo, Negroponte (2000, 336), la era digital «posee cuatro cualidades muy poderosas que la harán triunfar: es descentralizadora, globalizadora, armonizadora y permisiva».

Evidentemente la traducción en la práctica de estas ideas es, en principio, bastante sencilla. Si las nuevas tecnologías de información y comunicación se han convertido en centrales, y se espera que esta centralidad aumente, e incluso alientan la democracia y traen numerosos beneficios, es fundamental que el mayor número de países estimule estas nuevas tecnologías y garanticen su acceso. Los Estados, a pesar de que en el metarrelato de la sociedad de la información se canta su muerte, inician una carrera hacia la sociedad de la información. Se intenta analizar y observar el desarrollo de la sociedad de la información en los distintos países y, al tiempo, la sociedad de la información pasa a ser un indicador de desarrollo cuantificable. Se instituyen observatorios y se publican informes periódicamente. Se establecen rankings que miden el lugar que ocupa un país dentro de la sociedad de la información global.[15] Además de ser fácilmente cuantificable, tampoco es demasiado complicado mejorar

15 «Para medir el grado de avance de la Sociedad de la Información en los distintos países del mundo se han desarrollado numerosos índices. Algunos, como el *eReadiness Index*, que calcula *The Economist Intelligence Unit*, o el *Global technology Index*, de Metricnet, se centran en los aspectos relacionados con la Nueva Economía. El Índice de Adelanto Tecnológico (IAT), de Naciones Unidas, busca medir la capacidad de un país para tomar parte en las innovaciones tecnológicas, ponderando en qué medida participa el país en su conjunto en el proceso de creación y uso de la tecnología. Un objetivo similar al IAT, aunque más amplio, tiene el *Networked Readiness Index* (NRI), publicado en el marco del Foro Económico Mundial, y realizado en colaboración con el INSEAD. Si bien busca estimar el potencial de una comunidad para participar en la Sociedad de la Información en el futuro, se ocupa también de medir el grado de desarrollo de las TIC en la actualidad. Incluye un rango mucho más amplio de variables que el IAT y apunta más a las TIC que a la tecnología en general. Otro índice que avalúa la capacidad de un país para intercambiar información externa e internamente es el Índice de Sociedad de la Información, de IDC–World Times, que pone menor énfasis que el NRI en los usos de las TIC y mayor atención a los aspectos sociales en general. Finalmente, la UNCTAD publica una serie de índices de desarrollo de las TIC, para la mayoría de los países del mundo, teniendo en cuenta aspectos de conectividad, acceso y políticas. Otras instituciones publican índices que comprenden sólo aspectos parciales de la Sociedad de la Información, como es el caso de la División de Naciones Unidas de Economía y Administración Pública, que desarrolla el Índice de *eGovernment* y analiza la libertad en el acceso a la información en los distintos países. De acuerdo con estos índices, son los países del G7 los que mejores valores presentan en los índices de Nueva Economía, aunque pierden posiciones (a excepción, hasta cierto punto, de EE UU) en los de Sociedad de la Información y tecnología. En estos últimos, son los países del Norte de Europa los que ocupan los primeros puestos» (Cáceres, 2006).

rápidamente y avanzar puestos en los rankings. Según el metarrelato de la sociedad de la información, los indicadores de la sociedad de la información no indican exclusivamente lo que miden, sino que nos hablan también de desarrollo y bienestar. Así, por ejemplo, se ha señalado que «el salto dado en el uso de las TIC por algunos países del Este Europeo, en especial Estonia, Eslovenia y la República Checa, permite concluir, también, que una buena gestión y liderazgo de los procesos de desarrollo de la Sociedad de la Información no sólo evitan el riesgo de «brecha digital» sino que, por el contrario, favorecen el proceso de convergencia hacia un mayor nivel de bienestar» (Cáceres, 2004). En este sentido, hay, y ha habido, numerosas iniciativas con el fin de poner al día a los distintos países en la carrera hacia la sociedad de la información, puesto que la inmersión en esta sociedad de la información es presentada como estimuladora del desarrollo, la riqueza y el bienestar, cuando no como la única alternativa para no quedar desconectados y marginados (y, por tanto, más empobrecidos si cabe) del mundo global. En 1998, por ejemplo y según nos cuenta Ngwainmbi (2000), el PNUD estableció un plan para mejorar el acceso de los países subsaharianos de África al mercado global, que incluía la creación de nodos de Internet en doce países subsaharianos para proveer de servicios completos a la sociedad civil y mejorar la conectividad a Internet en las instituciones de educación superior. Esta iniciativa, seguramente inspirada en las mejores intenciones, pone de manifiesto que el PNUD y numerosos gobiernos subsaharianos entienden como crucial para su supervivencia participar de esta novedosa y avasalladora sociedad de la información.

Pero pongamos otros dos ejemplos recientes de la traducción práctica del metarrelato de la sociedad de la información en su vertiente de desarrollo y subdesarrollo. El primero se refiere a los objetos tecnológicos físicos y el segundo al uso de aquéllos.[16] El actual presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, según recoge *El País*, ante una pregunta que tachaba de neoliberal el proyecto de Constitución Europea durante su intervención en la Asamblea francesa el pasado 1 de marzo de 2005, respondió en los siguientes términos: «de todos los modelos sociales y políticos que ha hecho el hombre, la Unión Europea es el que ofrece mayor libertad e igualdad». «Zapatero —siempre según *El País*— puso como ejemplo el caso de Extremadura, 'una de las regiones más pobres de Europa cuando España entró en la UE'. Ahora, explicó, 'en todas las escuelas hay un ordenador para cada dos alumnos, y esto ha sido posible gracias a la solidaridad de la Unión Europea». De aquí se deduce que uno de los indicadores del desarrollo

16 Esta doble vertiente es incluso tomada en serio por ciertos observadores. No se trata solamente de tener físicamente los ordenadores, sino que es preciso saber usarlos, nos recuerdan: «no es sólo una cuestión de aumentar el número de ordenadores por habitante, empresas o instituciones públicas, o ampliar el tendido de las redes de telecomunicación facilitando que lleguen al mayor número posible de puntos dentro del territorio; es necesario también que los usuarios potenciales puedan utilizar los equipos, lo que exige tener unos mínimos conocimientos de informática de usuario, y que sepan también cómo buscar información en Internet» (Bellestero, 2002, 74).

de Extremadura es que cada dos alumnos puedan acceder en los colegios públicos a un ordenador, algo que supone un supuesto avance en la sociedad de la información, y que indica también un aumento supuesto en el nivel de bienestar y desarrollo en dicha región.

Henwood y otros (2000) relatan otra historia ejemplificadora. En octubre de 1999 el primer ministro inglés, Tony Blair, recibió unas clases de informática, dado que, por lo visto, no era muy ducho en la materia. Con su ejemplo quiso mostrar lo importante que era para Gran Bretaña estar al día en la nueva revolución de la información. Aprender informática es mostrado como un avance en la sociedad de la información. No sólo lo representó mediante esta cómica historia, sino que Blair aseguró que el futuro de la nación dependía del éxito en la sociedad de la información, y que los ordenadores e Internet estaban fortaleciendo el desarrollo económico. Lo que hacía Blair era, al mismo tiempo, promover y escenificar la importancia del metarrelato de la sociedad de la información.

4.3. Conectados y desconectados: ¿las nuevas clases sociales?

En la sociedad de la información disminuye la importancia de las clases sociales tradicionales. Según nos cuenta este metarrelato, las clases no se estructuran ya en función de quién posea los medios de producción, sino que se estructuran mediante la capacidad de estar «conectado» a la red (por ejemplo, Castells, 2001) o no quedar excluido (Lash, 2002).[17] Según algunos teóricos, en el primer tercio de siglo la sociedad de clases había sido sustituida por la sociedad de masas (Ayala, 1988), y en la segunda crisis de la modernidad Beck (1998) había pintado una nueva estratificación social en función de estar o no sometido a riesgos. Ambas interpretaciones venían a resaltar el proceso de individualización de la sociedad y la disolución de las estructuras sociales. Abundando en esta individualización, en la sociedad de la información lo importante es no quedar desconectado. Es preciso notar que la individualización, a diferencia de otras interpretaciones y valoraciones del mismo diagnóstico, es celebrada por los relatores de este metarrelato.[18] La radical individualización que se ensalza desde el metarrelato de la sociedad de la información tiene dos consecuencias fundamentales. La primera es que la conexión o desconexión en un contexto de sociedad-red global no depende, al menos en teoría, del lugar de residencia. En segundo lugar, la globalidad de la sociedad red y la pérdida de importancia de los Estados deja al individuo solo ante el mundo, conectado a la red o aislado, sin instituciones medias que lo protejan. La actual reencarnación de la idea de la sociedad del conocimiento, según Alonso (2002, 483), «sirve para desregular todas las garantías colectivas establecidas en el ciclo sociopolítico anterior, disolver el conocimiento social en competencias individuales y proclamar un indisimulado *darwinismo*, eso sí, 'caótico' y 'digital'». De ahí la dialéctica de lo «glocal», el auge de la descentralización y las instituciones locales. Aunque, como ha señalado Mattelart (2002b, p. 80), «la vuelta a las lógicas del soporte territorial de los flujos globales es, sin duda, un arma de doble filo. El riesgo estriba en esgrimirla para defender un relativismo cultural que se aviene fácilmente con la tesis del libre albedrío del consumidor. Alérgico a cualquier concepto de determinación social según el principio de autorregulación, el relativismo cultural enarbolado por el neoliberalismo niega la posibilidad de una intervención reguladora, tanto por parte de la autoridad pública como de la sociedad civil, en los negocios de los actores de la geo-economía».[19]

El *Informe de la Naciones Unidas para el Desarrollo Humano de 2001* entiende la revolución tecnológica como un nuevo abanico de posibilidades para alcanzar el desarrollo y abunda en la tesis de la ubicuidad de las redes y su deslocalización. Según este informe, las personas pueden lograr mediante la tecnología una mayor participación política o una mayor densidad asociativa, adquirir más conocimiento, se pueden lograr también nuevos medicamentos, nuevas variedades de cultivos y nuevas oportunidades de empleo y exportación. Aunque el riesgo, según el informe, del mal uso de las nuevas tecnologías y de la falta de transparencia, es mayor en los llamados «países en desarrollo», se advierte que precisamente en estos países ya se están aprovechando las nuevas tecnologías y la organización en red. Las nuevas redes atraviesan continentes y tienen puntos de convergencia como por ejemplo, según el informe, Silicon Valley (EEUU), San Pablo (Brasil), Gauteng (Sudáfrica) o Bangalore (India).

Sin embargo, ya en 1999 el PNUD hablaba de la creciente «brecha digital». De hecho, aunque en teoría la sociedad red global permita estar conectado desde cualquier lugar del mundo, y pese a que Negroponte no considera importante la realidad económica, social y política del globo,[20] lo cierto es que los datos son ciertamente demoledores. Se ha señalado, por ejemplo, que «de las trece mil aldeas del campo senegalés, apenas tres mil cuentan con líneas telefónicas y cerca del 65% de la población todavía es analfabeta» (Mattelart, 2002, 153). En estas condiciones no es difícil quedar desconectado o excluido. Un rápido repaso por el número de usuarios de internet por zonas geográficas no deja lugar a dudas. En febrero de 2002 había 181,23 millones de usuarios en Estados Unidos y Canadá; 171,35 en Europa; 157,49 en Asia y Pacífico; 25,33 en Latinoamérica; 4,65 en Oriente Medio y 4,15 en África (Ballestero, 2002, 76). La posibilidad técnica de conectarse a la sociedad red telemática desde cualquier lugar del globo no significa que en la práctica los conectados estén en cualquier lugar. La tan celebrada ubicuidad no deja de ser una posibilidad que los datos actuales se encargan de poner en su sitio. De hecho, los ciudadanos de los países pobres (con un nivel de renta per cápita por debajo de 470 dólares anuales), en los que vive el 60% de la población mundial, solamente suman el 5% de los usuarios de internet (Ballestero, 2002, 75). Por otra parte, tal y como ha señalado Schiller (1999), las desigualdades sociales y la estratificación del acceso a las telecomunicaciones también son perceptibles en los países ricos, como Estados Unidos[21] e incluso en España. El reciente informe sobre los usos y los perfiles de los

17 Tezanos (1999, 377) comenta al hilo de la obra de Castells esta cuestión: «La lógica de las nuevas relaciones de producción, de la nueva geometría del poder y de las nuevas formas de distribución de los recursos y de los beneficios está dando lugar a nuevos sistemas de estratificación social, en los que determinados individuos y grupos sociales se encuentran en posiciones cada vez más secundarias y prescindibles en el mercado laboral. De esta manera, lo que Castells califica como 'mano de obra genérica', 'potencialmente reemplazable por máquinas o por otros miembros de mano de obra genérica' (en el mismo país o en otros diferentes), se ve reducida a una situación de «carencia de importancia, lo mismo como productores que como consumidores, desde la perspectiva de la lógica del sistema». La consecuencia final es la «exclusión social de un segmento significativo de la sociedad compuesto por individuos desechados cuyo valor como trabajadores/consumidores se ha agotado y de cuya importancia como personas se prescinde»».

18 Negroponte (2000, 242), por ejemplo, señala movido por cierta emoción que «en la era de la posinformación a veces la audiencia es una sola persona. Todo se hace por encargo y la información se personaliza al máximo. Se asume que la individualización es la extrapolación de la transmisión selectiva: se pasa de un grupo grande a uno pequeño, después a otro más pequeño y al final al individuo».

19 Continúa Mattelart: «Este relativismo se ha mostrado, paradójicamente, como un aliado objetivo de las posiciones que rechazan la universalidad de los derechos del hombre en nombre de las diferencias culturales» (Mattelart, 2002b, 80).

20 Afirma Negroponte (2000, 23) que «algunas personas se preocupan por la división social que existe entre los ricos y los pobres en información, entre los que tienen y los que no tienen, entre el Primer y el Tercer Mundo. Pero la verdadera división cultural va a ser generacional».

21 «Un estudio del uso del teléfono en la ciudad de Nueva York reveló que más de una de cada cinco casas de las comunidades más pobres de la ciudad no tenía teléfono; otra investigación reveló que, mientras cuatro de cada cinco familias ricas tenían un ordenador personal, sólo una de cada diez de las familias de renta baja lo tenía» (Schiller, 1999, 245).

usuarios de Internet en España llevado a cabo por el Observatorio de las Telecomunicaciones y de la Sociedad de la Información (2005), pone de manifiesto una segregación vinculada a desigualdades sociales en el acceso y el uso de Internet. Los llamados «usuarios intensivos estables» (16'5% de la población; 36% de los *internautas*) tienen entre 25 y 34 años y son titulados universitarios que además cuentan con el mejor equipamiento tecnológico. En cambio, el grupo de los llamados «ex usuarios» (1'7% de la población; 3'8% de los *internautas*) tienen más de 50 años y son personas jubiladas, en paro o amas de casa que además tienen un menor nivel de formación y un equipamiento tecnológico por debajo de la media. Estos «ex usuarios» han abandonado Internet, han dejado de conectarse porque les preocupa el precio de las conexiones, ya que lo consideran caro, y no acaban de entender qué puede aportarles. Estos resultados nos permiten entender que el uso y el acceso a Internet está íntimamente relacionado con el nivel de estudios y el nivel de renta así como con la edad y la ocupación.

Habría, por tanto, que preguntarse si las categorías analíticas «conectado o desconectado» sirven como instrumento de análisis sociológico de la estructura social o si, más bien, son una consecuencia. En un interesante artículo, Attewell (2001) se pregunta si facilitar el acceso a la tecnología, dotar de ordenadores y medios a los ciudadanos, es una política efectiva para reducir la desigualdad social. Su respuesta abre la discusión sobre dos «brechas digitales». La primera «brecha digital» se refiere al acceso, y es la que están abordando la mayoría de los gobiernos del entorno occidental. Pero, según Attewell, habría que contar también con una «segunda brecha digital» que tenga en cuenta el distinto uso que hacen de los ordenadores, según los estudios más recientes, las personas pertenecientes a distintas clases sociales. Lo que sugiere Attewell es que las diferencias sociales previas que existen entre los estudiantes (población a la que restringe sus análisis) no sólo se mantienen cuando se supera la primera «brecha digital» sino que se refuerzan y se incrementan, porque el uso que hacen de los nuevos medios tecnológicos es bien distinto. Se observa que entre los estudiantes más acomodados y que pertenecen a clases sociales con más capital simbólico y económico, la posibilidad de acceder a estos nuevos medios tecnológicos refuerza y mejora su educación, mientras que en los sectores de población más desfavorecidos el acceso a los ordenadores y las nuevas tecnologías les perjudica, porque, tal y como nos sugiere la idea de la «segunda brecha digital», el uso no se centra en la mejora de su educación y de sus capacidades sino en juegos y en actividades no supervisadas por ningún adulto. Muchas políticas públicas, nos dice Attewell, van encaminadas a dotar de tecnología a todos los ciudadanos, y, aunque en un momento inicial esto puede tener algún sentido, las desigualdades sociales existentes finalmente se hacen notar y se refuerzan en este proceso.

5. PARA CONCLUIR

La visión antagónica de los escenarios ideales que anticipa el metarrelato de la sociedad de la información o el conocimiento es la de un mundo cuyo centro está en ningún lugar y en todas partes a la vez y una gran periferia (que alberga a la mayoría de los seres humanos) desconectada, excluida. Un mundo en el que los Estados y las grandes corporaciones se preocupan por avanzar puestos en el ranking de la sociedad de la información, aunque las necesidades básicas de la gran mayoría siguen sin estar resueltas. Un mundo en el que, como ha sucedido en otras ocasiones, los nuevos medios de información y comunicación no estimulan la democracia, y las redes sean bien económicas o bien refugios de supervivencia ante el olvido de los Estados, ante la desaparición de las políticas públicas.

Desde el metarrelato de «alcance medio» de la sociedad del conocimiento y de la información, ya no vivimos en un mundo crítico, en el sentido que tenía esta expresión en las dos

crisis de la modernidad del siglo veinte. Muy al contrario, encontramos actualmente algunos metarrelatos que pretenden dotar de contenidos y seguridad la vida de los ciudadanos. El de la sociedad de la información ofrece incluso el principio de la Historia, de una nueva historia, que esta vez es (y será) social, digital, telemática, democrática y comunitaria. Ofrece también un futuro mejor. Hemos visto, y hemos pretendido hacer ver, algunos de los riesgos que plantean este tipo de análisis, y algunas de sus consecuencias prácticas, al mismo tiempo que apuntábamos tentativamente una serie de críticas a este metarrelato, centrándonos en algunos conceptos e ideas que están asociados a él y que, en la práctica, no parecen cumplirse por el momento. Sin embargo, y tal y como nos recuerda el célebre *dictum* de Thomas, si las personas consideramos algo real, ese algo será real en sus consecuencias. Si el metarrelato de la sociedad de la información se impone como real, las distintas organizaciones, Estados y administraciones de todo tipo, así como los individuos, ponen en marcha una serie de mecanismos, estrategias y políticas públicas, y este metarrelato acaba teniendo unas consecuencias, y termina por convertirse en un hecho social en el sentido que Alexander y Smith le daban a la sociedad del riesgo de Beck.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, J.C., Smith, P., (1996): Social science and salvation: risk society as mythical discourse - Zeitschrift für Soziologie, Vol. 25, Núm. 4, Agosto.

ALLEN, R., Miller, N. (2000): Panaceas and promises of democratic participation: reactions to new channels, from the wireless to the world wide web, en WYATT, S., HENWOOD, F., MILLER, N., SENKER, P. (Eds.) (2000): Technology and in/equality: Questioning the information society. Routledge. London and New York.

ALONSO, L.E.. (2002):«El discurso de la sociedad de la información y el declive de la reforma social. Del management del caos al caos del management, en GARCÍA BLANCO, J.M., NAVARRO, P. (eds.) (2002): ¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías. CIS. Madrid.

ANDERSON, P. (2000): Los orígenes de la posmodernidad. Anagrama. Barcelona.

ATTEWELL, P. (2001): The first and second digital divides - Sociology of Education, Vol. 74, Núm. 3, Julio.

AYALA, F.: (1959 [1947]): Tratado de sociología. Aguilar. Madrid.

— (1988 [1962]): Introducción a las Ciencias Sociales. Cátedra. Madrid.

BALLESTERO, F. (2002): La brecha digital. El riesgo de exclusión en la Sociedad de la Información. Fundación Retevisión I Auna. Madrid.

BAUDRILLARD, J. (1997): El crimen perfecto. Anagrama. Barcelona.

BAUMAN, Z.: (1997): Modernidad y Holocausto. Sequitur. Madrid.

— (2003): Modernidad líquida. F.C.E. Buenos Aires.

BECK, U. (1998): La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Paidós. Barcelona.

BECK, U., GIDDENS, A., LASH, S. (1997): Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno. Alianza Universidad. Madrid.

BURKE, P. (2002): Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot. Paidós. Barcelona.

CÁCERES, S.: (2004): Un mundo de brechas y puentes digitales - La Gaceta de los Negocios, 30 de agosto.

— (2005): «La nueva Geografía y las cifras de la Sociedad de la Información», en Fundación Auna, Observatorio sobre la sociedad de la información, www. fundacionauna. org

— (2005b): El acceso a Internet en los países subdesarrollados, en Fundación Auna, Observatorio sobre la sociedad de la información, www. fundacionauna. org

CASTELLS, M.: (1999): Identidad, estado, trabajo, tiempo y espacio en la sociedad red: contribución a un debate abierto - Revista española de investigaciones sociológicas (REIS) (Debate: a propósito de la obra de Manuel Castells La era de la información: economía, sociedad y cultura), 86.

— (2001): La era de la información, vol.1. Alianza Editorial. Madrid.

CIS, (2004): Barómetro de Enero. Estudio número 2.554.

DEBORD, G. (2003): La sociedad del espectáculo. Pre-Textos. Valencia.

DENNIS, E.E. (1996): Configuraciones y comprensión de la inminente supersutopista de la información, en DENNIS, E.E., DERTOUZOS, M., DÍAZ NOSTY, B., NOZICK, R., SMITH A., (eds.) (1996): La sociedad de la información. Amenazas y oportunidades. Editorial Complutense. Madrid.
DÍAZ NOSTY, B. (1996): El mito tecnológico y la sociedad democrática avanzada, en DENNIS. E.E., BERTOUZOS, M., DÍAZ NOSTY, B., NOZICK, R., SMITH, A., (eds.) (1996): La sociedad de la información. Amenazas y oportunidades. Editorial Complutense. Madrid.
ECHEVERRÍA, J.: (1994): Telépolis. Destino. Barcelona.
— (1997): 21 tesis sobre el Tercer Entorno, Telépolis y la vida cotidiana, en XIV Congreso de Estudios Vascos: Sociedad de la Información. Edi. Sociedad de Estudios Vascos. Bizkaia.
EL PAÍS, (2005): «Zapatero agradece ante la Asamblea francesa la ayuda europea a España», 2 de marzo (noticia de J.M. Martí Font).
GONZÁLEZ DE LA FE, T. (2002): Conocimiento, tecnologías de la comunicación y cambio social, en VVAA (2002): La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco. CIS. Madrid.
GOYTISOLO, J. (1998 [1982]): Paisajes después de la batalla. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Barcelona.
INFORME DE TELEFÓNICA (2004): Informe de Telefónica: La Sociedad de la Información en España, 2004, www. telefonica , es
PROGRAMA NACIONAL DE LAS NACIONES UNIDAS (2001): Informe sobre desarrollo humano, 2001: Poner el adelanto tecnológico al servicio del desarrollo humano, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Mundi-Prensa. New York.
HENWOOD, F., WYATT, S., MILLER, N., SENKER, P. (2000): «Critical perspectives on technologies, in/equalities and the information society», en WYATT, S., HENWOOD, F., MILLER, N., SENKER, P., (eds.) (2000): Technology and in/equality: Questioning the information society, Routledge, London and New York.
HORKHEIMER, M., ADORNO, TH. (1994): Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosófico. Madrid. Trotta.
JAMESON, F. (1996): Teoría de la postmodernidad. Trotta. Madrid.
KLEINSTEUBER, H.J. (2002): «El surgimiento del ciberespacio: la palabra y la realidad», en Vidal Beneyto, J. (dir.) (2002): La ventana global. Taurus. Madrid.
LAMO DE ESPINOSA, E.: (1996): Sociedades de cultura, sociedades de ciencia: ensayos sobre la condición moderna, Ediciones Nobel, Oviedo.
— (1999), Notas sobre la sociedad del conocimiento, en GARCÍA SELGAS, F., MONLEÓN, J.B. (eds.) (1999): Retos de la postmodernidad. Trotta. Madrid.
LASH, S.: (1997): Sociología del posmodernismo. Amorrortu. Buenos Aires.
— (2002): Critique of information. Sage Publications. London, Thousand Oaks, New Delhi.
LYOTARD, J.F. (1999 [1979]): La condición posmoderna. Altaya. Madrid.
MANNHEIM, K.: (1936): El hombre y la sociedad en la época de crisis. Revista de Derecho Privado. Madrid.
— (1962): Libertad, poder y planificación democrática. F.C.E. México.
MATTELART, A.: (2002): Historia de la sociedad de la información. Paidós. Barcelona.
— (2002b): «Premisas y contenidos ideológicos de la sociedad de la información», en VIDAL BENEYTO, J. (dir.) (2002): La ventana global. Taurus. Madrid.
MEDINA ECHAVARRÍA, J. (1943): Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo. F.C.E. México.
NEGROPONTE, N. (2000): El mundo digital. El futuro que ha llegado. Biblioteca de Bolsillo, Ediciones B. Barcelona.
NGWAINMBI, E.K. (2000): Africa in the global infosupermarket: perspectives and prospects - Journal of Black Studies, Vol. 30, Núm. 4, marzo.
OBSERVATORIO DE LAS TELECOMUNICACIONES Y DE LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN (2006): Uso y perfil de usuarios de Internet en España: septiembre, 2003-marzo, 2006. Las TIC en los hogares españoles. Ministerio de Industria, Turismo y Comercio y Red.es, octubre.
ORTEGA Y GASSET, J. (1959): En torno a Galileo. Revista de Occidente. Madrid.
PICÓ, J. (2002): (Comp.), Modernidad y Posmodernidad. Alianza Universidad. Madrid.
RAMOS TORRE, R. (1999): Red, identidad, espacio y tiempo - REIS (Debate: a propósito de la obra de Manuel Castells La era de la información: economía, sociedad y cultura), 86.

RATHMELL, A. (2000): Building confidence in the Middle East: exploiting the Information Age - Journal of Palestine Studies, Vol. 29, Núm. 2, Invierno.
RIBES LEIVA, A.J. (2004): Sociología y literatura en Francisco Ayala - Política y Sociedad (número monográfico: Sociólogos españoles de posguerra), 41, 2.
RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J.E.: (1999): ¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad. CIS. Madrid.
— (1999b): Un gran tapiz sociológico que ha conquistado la posteridad - REIS (Debate: a propósito de la obra de Manuel Castells La era de la información: economía, sociedad y cultura), 86.
— (2002): Cultura y política en la era de la realidad virtual, en GARCÍA BLANCO, J.M., NAVARRO, P. (eds.) (2002): ¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías. CIS. Madrid.
SCHILLER, D. (1999): El mundo renovado: telecomunicaciones y globalización del capital, en GARCÍA SELGAS, F., MONLEÓN, J.B. (Eds.) (1999): Retos de la postmodernidad. Trotta. Madrid.
TEZANOS, J.F. (1999): La estructura social de la era de la información - REIS (Debate: a propósito de la obra de Manuel Castells La era de la información: economía, sociedad y cultura), 86.
VATTIMO, G. (2003 [1990]): Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?, en VATTIMO, G. Y OTROS (2003): En torno a la posmodernidad. Anthropos. Barcelona.
WEBER, A.: (1932 [1924]): La crisis de la idea moderna del Estado en Europa. Revista de Occidente. Madrid.
— (1985 [1935]): Historia de la cultura. F.C.E. México.
WELLMAN, B., SALAFF, J., DIMITROVA, D., GARTORA, L., GULIZ, M. HAYTHORNTHWAITE, C. (1996): Computer networks as social networks: collaborative work, telework, and virtual community - Annual Review of Sociology, Vol. 22.
WELLMER, A. (2002): La dialéctica de modernidad y postmodernidad, en PICÓ, J. (comp.) (2002): Modernidad y Posmodernidad. Alianza Universidad. Madrid.